



La silueta de aquel hombre deambulaba por el pestilente vecindario. Tarareaba, por momentos, una cancioncilla en italiano al compás de los ladridos que se escuchaban a lo lejos.

La luna blanca de verano disfrazaba, con su luz tenue, la desdicha de esta alma, mientras el humo de un cigarrillo, que dibujaba arabescos inconexos, parecía corromper la monotonía de sus pasos.

De repente, se detuvo. Buscó en uno de sus bolsillos un enorme juego de llaves. La oscuridad cerrada no le permitía ver prácticamente nada, pero la destreza heredada de la

rutina permitió que una llavecita plateada pudiera sortear con éxito la portezuela del viejo refugio, como solía llamarlo un amigo al tallercito de la calle sin nombre.

Empujó enfáticamente y la puertita desvencijada se abrió, dejando salir despa-

# De puño y letra

Por Rocío Mariel Rajoy

voridas a una decena de lauchas. Practicó una sonrisa, como si el peregrinar de los pequeños roedores fuera el cortejo que, cada noche, recibiera al gran soberano de aquel palacio gris.

Entró, buscó al tanteo, un interruptor aparatoso, perdido entre las telarañas de una pared sin revoque. La luz conmovió sus pupilas, tan acostumbradas a la oscuridad insana de la calle.

Delante de sus ojos, vio aquellas placas plomizas que, con tanto esmero, llegaron a sus manos. Una carcajada tan macabra contagió su mirada de un brillo efímero.

Se sentó en un taburete de piedra y quedó con aquella expresión petrificada en su rostro, mientras su imaginación hacía el resto del trabajo.

*Quizás una dulce princesa, tan hermosa como desdichada, busque refugio en el anonimato de esta noche.*

*Decida salir, entonces, de su flamante morada para encontrar consuelo en algún caballero humilde, a quien le importe amarla más allá de su fortuna o su apellido.*

*Quizás esta princesa se encuentre tan aburrida de aquellos protocolos tan inútiles y busque descubrir un mundo nuevo, colmado de aventuras y amor verdadero.*

*Seguramente, encontrará la puerta de este laboratorio entreabierta. Aquí estaré. A un paso de ser millonario y tan famoso. Ella se arrojaría sin vacilaciones a mis brazos, convirtiendo esa agonía en eterna pasión consumada en un beso clandestino.*

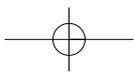
*Deslumbrada por mis inventos perspicaces, me ofrecerá toda su fortuna para llevar adelante mi empresa, la cual rechazaré, pues estos puños indestructibles recorrerán el mundo y la riqueza no tardará en convertirse en uno de mis más sobresalientes atributos.*

Un universo onírico parecía que aunque fuera en parte, le entregaba los bienes de una realidad incumplida y una lágrima, entonces, se le escapó de repente.

La cotidianeidad intentó abofetear sus mejillas, cuando comprobó que el paquete de cigarrillos, que tanto atesoraba en uno de sus bolsillos, estaba vacío y su estómago interpretó un quejido desafinado.

Las placas de acero, que yacían en aquel escritorio vetusto, impregnaban su espíritu con tan magna sensación que el hambre y las miserias se desvanecían en su derrota.

Rocío Mariel Rajoy es Ayudante Alumna del Taller de Comprensión y Producción de Textos II, FPyCS, UNLP





Tomó una de las piezas. La observó durante unos cuantos segundos y el brillo escaso del acero se coló en sus pupilas oscurecidas.

Con una lezna, perforó el ojal de lo que ya casi era el primer “Puño Indestructible”... sí, seguramente así los patentaría... Muy pronto, centenares de obreros y comerciantes encontrarían la gran solución al desgaste impertinente de las prendas de trabajo.

¡Claro! Después diseñaría un modelo aún más sofisticado y elegante, para los señores que, asiduamente, merodean por los salones de té. Lucirían sus camisas de fina seda con puños de oro, quizás, o con incrustaciones de preciosas piedras.

También las damas adoptarían gustosas esta vanguardia. Las mangas con brillantes y gemas se impondrían como una de las modas más paquetas, que despertaría la arrogancia mordaz hasta de la más puritana de las *viejas miserables*.

Tal fascinación se impregnó en todo su cuerpo. La fatiga de todo una jornada de trabajo se perdía en un inagotable suspiro fresco. Recordó, por un instante, a la *Remington* que lo esperaba ansiosamente en el cuartito del Bajo Flores. *Erdosain, aquel amigo que caminaba, sin rumbo, por las páginas de una novela sin terminar, esta vez no lograba comprender la algarabía de ese hombre, con quien cada noche compartía la desdicha y el anonimato.* Acomodó las piezas terminadas en un cajón de madera. Se detuvo a observarlas por un momento. El poder, la fama y una gran fortuna venidera se resumían en aquel triste cajón, que tiempo atrás había almacenado tomates o tal vez manzanas.

Miró a su alrededor, buscando el sitio más seguro o menos sucio de todo el taller. Un viejo armario sin puertas, postrado en un rincón oscuro, fue elegido como el lugar perfecto para acunar tan magnífico tesoro.

De pronto, el canto de un gallo un tanto ronco lo sobresaltó. Miró por el pequeño ventiluz que daba hacia la calle y descubrió que comenzaban a filtrarse los primeros rayos de sol del nuevo día.

Corrió hacia la puerta y sorteó el improvisado picaporte con fuerza. La luz imperiosa y arrogante se sumaba al bullicio de una ciudad que recién se levantaba. Esto azotó por completo a sus sentidos y, en un ademán desarticulado, salió expulsado hacia la calle. Otra vez la pequeña llave plateada manipuló el viejo cerrojo.

Caminó con desgano hasta la esquina. *Una vez más, el frenesí de aquel Buenos Aires descabellado le devolvió esa necesidad de evadirse, inmolando así, aquella búsqueda de la eterna dicha que ahora parecía tan absurda.*

